

y contra el viento... Señor, nosotros hablamos así de estas cosas, porque las comprendemos.

— Buenas noches, pescador.

— Felicísimas, señor Excmo.; respondió el habitante de las lagunas, en extremo satisfecho por haber cautivado tan largo tiempo la atención de una persona que creía muy superior á él. El miembro del Consejo salió del templo; continuó su camino sin ser conocido, pues había muchos y secretos medios para introducirse en el palacio en términos de que nadie lo notase; y allí se agregó con los colegas que hacían parte del tremendo Tribunal.

CAPITULO V.

.....

Ya se ha visto de que modo el Consejo de los Tres tenía sus asambleas públicas, si á algo de lo que tiene relación con este cuerpo misterioso puede dársele el nombre de público. En esta ocasión se veían

los mismos trages, disfraces y empleados de que ya se ha hecho mérito: solo los jueces y el acusado eran distintos. La lámpara estaba colocada de modo que hiriese su luz el puesto que debía ocupar el reo, al paso que en el de los miembros del Consejo reinaba una oscuridad que corría en perfecta armonía con sus sombrías y misteriosas funciones. Antes de abrirse la puerta por donde debía entrar el acusado oyóse ruido de hierro, indicio seguro de que se miraba este asunto con el mayor interés: giraron los goznes de la puerta, y el Bravo compareció ante los que iban á decidir de su suerte.

Visitara otras veces Jacobo aquella lúgubre estancia, aunque nunca en tan dolorosa situación: no por esto empero dió muestras de temor ni de sorpresa. Su semblante estaba pálido, pero sereno é inmovil; y reinaba en todos sus ademanes cier-

to aire modesto y magestuoso. Disipado el ligero rumor producido por su llegada, reinó el mas tétrico silencio entre los circunstantes.

— ¿Te llamas Jacobo Frontoni? preguntóle el secretario que en estas ocasiones servía de órgano á los tres jueces.

— Sí.

— ¿Eres hijo de un tal Ricardo, harto conocido por defraudador de los derechos de la República, desterrado segun se dice á una isla lejana, ó castigado de otro modo?

— Sí, señor, castigado de otro modo, repitió con amargura el Bravo.

— ¿Eres gondolero?

— Sí, señor.

— ¿Tu madre...?

— ¡Murió! interrumpió el acusado al observar que el interrogante se detenía á examinar sus apuntaciones.

El acento dolorido con que pronunciara esta palabra produjo un silencio que el secretario no se atrevió á quebrantar hasta despues de haber mirado á los jueces.

— ¿No estaba acusada del mismo crimen que tu padre? prosiguió despues de una pausa.

— Cierto; y hace tiempo que se halla fuera del poder de la República.

— Poco despues de haber atraído sobre sí Ricardo Frontoni la cólera del senado, ¿no abandonaste tu ejercicio de gondolero?

— Sí, señor.

— Te acusan de haber dejado el remo por el puñal.

— Es verdad.

— Durante algunos años se han hecho célebres en Venecia tus sangrientas proezas, y de algunos meses á esta parte no ha perecido una persona de muerte violenta sin que hayan recaído sobre tí las sospechas.

— Sobrado cierto es eso, señor secretario. ¡Cuanto diera porque no lo fuese tanto!

— S. A. y los miembros del Senado no han podido oír con indiferencia tales quejas, y si este ilustre cuerpo te ha dejado libre por tanto tiempo, consiste en que no queria ensuciar el armiño de la justicia con una prematura sentencia.

Jacobo solo dió por respuesta una inclinacion de cabeza, dejándose ver en sus labios una sonrisa tan expresiva, que obligó al secretario á fijar atentamente la vista en el papel como buscando algunas noticias interesantes.

— Al presente resulta contra tí una acusacion terrible, Jacobo, continuó el interrogante; y como se trata de la conservacion de la vida de los ciudadanos, el Consejo secreto ha tomado á su cargo la decision de este asunto. ¿Conocias á Antonio Vecchio pescador de las lagunas?

— Si, señor: últimamente estuve en su compañía.

— ¿Sabes tambien que se encontró ahogado en la bahía?

Jacobo se estremeció; y expresó su

asentimiento con una demostracion de cabeza. El efecto de este tácito convencimiento hizo tan profunda impresion en el mas joven de los tres miembros del Consejo, que le obligó á mirar alternativamente á sus compañeros como admirado de la franqueza de una confesion semejante: sus colegas se inclinaron de un modo significativo, y cesó inmediatamente esta comunicacion silenciosa.

— Su muerte ha causado sumo disgusto á los otros pescadores, y llamado de un modo muy serio la atencion del ilustre Consejo.

— El fin del mas pobre veneciano debe necesariamente excitar el interés de los patricios.

— ¿Sabes que te imputan ese asesinato?

— Lo sé.

— Dicese que tomaste parte en la última regatta, y que á no haberse presentado tambien en ella el viejo pescador, nadie mas que tú hubiera ganado el premio.

— Es muy cierto, señor.

— ¿Con que no niegas la acusacion? dijo el interrogante sorprendido.

— ¿Y por qué he de negarla? ¿Quién duda que sin la concurrencia de Antonio hubiera sido yo el vencedor?

— ¿Y lo deseabas, Jacobo?

— Con toda mi alma, respondió con una emoción que hasta entonces no habia manifestado; hanme condenado al oprobio mis hermanos, y el remo ha sido mi única gloria desde la infancia.

Un segundo movimiento del inquisidor joven denotó su interés y sorpresa.

— Segun eso, ¿te declaras criminal?

— Si los ilustres senadores que están presentes quieren descubrirse el rostro, contestó con risa irónica, podria responder á esa pregunta con mayor confianza.

— Tu pretension es inoportuna y fuera del uso: nadie puede saber quienes sean los patricios que presiden á los destinos del Estado... ¿Confiesas el delito?

En este momento entró precipitadamente en la sala un empleado y entregó un pliego al inquisidor de la túnica roja, retirándose inmediatamente. Despues de un corto instante de silencio, ordenaron á los guardias sacar de la sala al preso.

— ¡Grandes senadores, exclamó Jaco

acercándose á la mesa, gracia! Permitidme ver á un desgraciado que habita junto á los terrados: tengo fuertes razones para desear que se me otorgue esta visita; y ruegos como á hombres y como á padres que me concedais un favor semejante.

Los dos inquisidores ancianos que estaban consultando entre sí el contenido del pliego que acababan de recibir, no hicieron alto en la demanda del Bravo: pero Soranzo, que se habia acercado á la lámpara para examinar á su placer el semblante de un hombre tan culpable, miraba á Jacobo con sorpresa; y penetrado de la emocion que en él se observaba, y agradablemente engañado por el rostro que estaba estudiando, tomó á su cargo el concederle lo que pedia.

— Cúmplase su deseo, dijo á los alabar-

deros; pero que esté pronto á comparecer de nuevo.

Jacobo le manifestó su reconocimiento con una mirada muy expresiva; y temiendo que los otros senadores se opusiesen á la concesion que acababa de hacersele, salió precipitadamente de la sala. La comitiva que desde la estancia inquisitorial se trasladaba pausadamente á las prisiones de verano, ofreciera en caso necesario uno de los cuadros característicos del gobierno de Venecia, caminando por largos y secretos pasadizos impenetrables á las miradas del vulgo, y únicamente separados por débiles tabiques de la morada del Dux, que con su brillo y pompa exteriores cubrian con un velo la desnudéz y la miseria. Al llegar á los terrados, detúvose Jacobo; y volviéndose á los guardias, rogó le quitasen los hierros que le oprimian, aunque fuese solo

por un instante: proposición que oyeron admirados, sin por eso dar muestras de prestarse á tan caritativo servicio.

— Voy á ver probablemente por última vez á un hombre postrado en cama, añadió; á un padre moribundo que ignora mi estado... ¿Consentireis que me vea de esta suerte?

Estas palabras, dichas con expresion enérgica, produjeron su efecto. Uno de los guardias le quitó las pesadas cadenas, y mandóle seguir adelante: obedeció Jacobo silencioso, y cuando hubo entrado en el calabozo, se quedaron los demás fuera, porque no encontraban una razon suficiente que les obligase á asistir á la entrevista de un asesino con su padre, y á sufrir el ardiente calor de aquella estancia. Cerraron en seguida la puerta, con lo que reinó en el calabozo impenetrable oscuridad.

A pesar de la firmeza que nunca desamparaba á Jacobo, luego que se halló en la silenciosa morada de su abandonado padre conoció que le faltaban las fuerzas. El ruido que producía su respiracion, semejante al estertor de un moribundo, indicóle el sitio donde yacía el anciano.

— ¡Padre mio! dijo Jacobo con dulzura... ¡padre mio! repitió con voz mas fuerte al notar su silencio.

— La Virgen María ha escuchado mis súplicas, exclamó el preso con voz exánime. Dios te ha traído para que cierres mis ojos.

— ¿Os falta el aliento, querido padre?

— Por instantes... Mi hora es llegada... Confiaba en ver aun la luz del día y bendecir á tu madre y hermana... ¡Cúmplase la voluntad de Dios!

— Ambas ruegan por nosotros y están libres del poder del Senado.

— No te entiendo, Jacobo.

— Mi madre y hermana han dejado de existir...

El anciano despidió un profundo gemido sintiendo que no estuviesen ya rotos los vínculos que todavía le unían á la tierra. Jacobo le oyó como rezaba una oracion, y se arrodilló junto al lecho.

— Este es un golpe imprevisto, dijo el anciano en voz baja: juntos dejamos el mundo.

— No, padre: hace mucho que murieron.

— ¡ Y me lo has ocultado!...

— ¿No teniais hartas penas?... Ahora

cuando vais á reuniros con ellas, os será grato saber que hace largo tiempo que son dichosas.

— ¿ Y tú?... ¿ Quedarás solo?... Dame la mano... ¡ Pobre Jacobo!...

El Bravo asió la mano de su padre, que encontró húmeda y yerta.

— Jacobo, prosiguió el moribundo, he orado tres veces en una hora: la primera por la salvacion de mi alma; la otra por el reposo de tu madre, y la tercera por tí.

— ¡ Dios os bendiga, padre mio, Dios os bendiga!

— Necesito orar. He pedido á Dios que no te desamparase; he traído á la memoria tus desvelos, tu amor, tu respeto á mi vejez, y cuanto has procurado dulcificar mis padecimientos. La ternura con que te mi-

raba en tu niñez me arrastró á cometer actos de flaqueza, y mas de una vez temí que en tu mayor edad me harías arrepentir del cariño que te manifestaba. ¡Ah! no puedes tomarte idea de los temores que un padre concibe por un hijo; pero has recompensado todos mis cuidados... ¡Arrodíllate, Jacobo: quiero de nuevo pedir á Dios que se acuerde de tí.

— Ya estoy á vuestro lado.

El anciano levantó entonces sus desfallecidos brazos, y con voz que parecía recobrar su antigua energía pronunció una solemne y ferviente oracion.

— La bendicion de un padre moribundo mitigará tus penas, hijo mio, añadió despues de una pausa, y te concederá la paz en los últimos momentos.

— Sí; producirá sobre todo el efecto....

Un fuerte golpe que se oyó á este tiempo en la puerta interrumpió tan tierna despedida.

— Ven, Jacobo, dijo uno de los soldados: el Consejo te aguarda.

Jacobo se estremeció; pero no respondió nada.

— ¡No te dejarán algunos minutos todavía! exclamó el anciano: no quiero detenerme por mas tiempo.

Abrióse en esto la puerta y penetró un rayo de luz en el calabozo: el guardia tuvo la humanidad de cerrar otra vez la puerta, y su estancia volvió á quedar sumergida en la oscuridad. La mirada que el Bravo obtuvo de su padre á favor de este resplandor fugitivo fué la última: era la mirada de la muerte que expresaba al mismo tiempo la mas inefable ternura.

— Ese hombre es compasivo ; no quiere arrancarte de mis brazos , repuso el anciano.

— No pueden dejaros morir solo , padre mio.

— Hijo , siempre estoy con mi Dios : sin embargo , seria muy dichoso si te tuviera siempre á mi lado. ¿ No me has dicho que tu madre y hermana han muerto ?

— Sí.

— ¿ Tu tierna hermana tambien ?

— Las dos , padre mio. Ambas están en el Cielo.

El anciano respiró entonces con mayor dificultad ; guardó silencio por un momento , y su hijo sintió que movia el brazo como si buscáse alguna cosa. Ayudó este último

esfuerzo , y tomando la desfallecida mano del moribundo , púsola con respeto sobre su cabeza.

— ¡ La Virgen Maria sin mancha , y su hijo que es Dios , te bendigan , Jacobo ! dijo una voz que en medio de su exaltacion creyó el Bravo que partia de los aires , y á la que siguió un penoso suspiro. Jacobo ocultó su rostro con la ropa de la cama , y dirigió una oracion al Ser supremo con el mayor recogimiento.

— ¡ Padre mio ! dijo estremeciéndose al oír el eco de su propia voz.

Nadie respondia ; y Jacobo alargó la mano y encontró un yerto cadáver. Entonces , con una firmeza que rayaba en desesperacion , inclinó la cabeza orando fervorosamente por el alma del difunto.

Luego que se abrió la puerta del calabó-

zo, salió al encuentro de los guardias con la dignidad que solo pertenece á las almas sublimes, y á la cual diera mayor realce la solemne escena que precede. Presentó sin vacilar las manos para que le pusieran de nuevo las esposas, y siguió con paso firme á los que le conducían á la sala secreta, donde llegó á pocos instantes.

— Jacobo, dijo el secretario que le interrogaba, acércate y responde á otro nuevo cargo. ¿Conoces á un noble calabrés que solicita un asiento en el Senado, y que reside de algun tiempo á esta parte en Venecia?

— Si, señor, respondió Jacobo con entereza.

— ¿Has tenido relaciones con él?

— Sí, señor.

Esta respuesta produjo en los oyentes un movimiento general de interés y de sorpresa.

— ¿Sabes donde se halla actualmente don Camilo Monforte?

Jacobo vaciló en responder por unos instantes. Estaba tan enterado de los medios é inteligencias que poseía el Consejo para saberlo todo, que dudaba si sería ó no prudente negar la parte que él tuvo en la fuga de los amantes; pero su alma estaba en aquel momento penetrada del afecto de la verdad.

— ¿Sabrás por ventura en qué consiste que el duque falte de su palacio?

— Ilustrísimo, ha salido de Venecia para siempre.

— ¿En qué lo fundas? ¿Acaso habrá

elegido á un espadachin por confidente?

La sonrisa que apareció en los labios del Bravo demostraba toda la altivez de un hombre que se reconoce superior en mucho á aquel que le dirige una pregunta; y el secretario, que sentia todo el poder de sus miradas, hubo de bajar otra vez la vista, y fijarla con mayor atencion en los papeles.

— Vuelvo á preguntarte si has sido su confidente.

— En esta ocasion, sí. El mismo don Camilo me ha asegurado que jamás volveria á Venecia.

— Imposible; porque de este modo perderia sus esperanzas á una inmensa fortuna.

— Él se consolará con el amor de la hija

de Tiepolo, y con la posesion de sus propias riquezas.

Esta respuesta obligó á los tres jueces á hacer un nuevo movimiento de sorpresa, á pesar de la costumbre de mantenerse graves y de la dignidad de sus misteriosas funciones.

— Retirese los guardias, dijo el de la túnica roja; y luego que estuvo ejecutada esta orden, continuó el mismo; Jacobo, acabas de comunicarnos una importantísima noticia, que puede salvarte la vida si quieres hacerla mas extensa.

— ¿Y qué he de decir á V. E.? Es indudable que el Consejo sabe la fuga de don Camilo, y no puedo creer que unos ojos que rara vez se cierran hayan dejado de advertir tambien la desaparicion de la hija de Tiepolo.

— Dices bien, Jacobo. Pero sin duda tienes que revelar algo acerca de los medios de que se han valido. Acuérdate que el Consejo al decidir sobre tu suerte tendrá presente tu sinceridad.

Otra vez se dejó ver en la fisonomía del Bravo la sonrisa que obligaba á los que le preguntaban á bajar la vista.

— A un amante temerario y favorecido nunca le faltan medios de fugarse, respondió. Don Camilo es rico, y no le habrá sido difícil encontrar infinitos complacientes si ha tenido necesidad de ellos.

— Hablas de una manera equivocada; y es harto perjudicial para tí burlarte del Consejo. Dinos, ¿qué agentes ha empleado?

— Excelencia, tenía fieles servidores,

muchos adictos gondoleros, y por último toda suerte de criados.

— No lo ignoramos. Se ha valido de otros medios... ¿Estás seguro de que se han fugado?

— ¿Está en Venecia?

— Esa pregunta te la hacemos á tí nosotros... He aqui una acusación donde se dice que le has asesinado.

— ¿Y tambien á doña Violeta, excelentísimo?

— ¿Qué descargo das á esta acusación?

— ¿Y qué razon hay para obligarme á que yo descubra mis propios secretos?

— ¿Pretendes engañarnos? Acuérdate que tenemos en los terrados una persona que puede arrancarte la verdad.

Jacobo levantó la cabeza tomando la actitud de un hombre que no tiene por qué temer: eran sin embargo tristes sus miradas, y expresaba su voz el dolor mas profundo.

— ¡Senadores! replicó; el cautivo de quien hablais ya está libre.

— La desesperacion te hace atrevido, y quieres burlarte de nosotros.

— Digo la verdad. Por fin consiguió la apetecida libertad.

— ¿Tu padre?

— ¡Murió!... interrumpió Jacobo con voz solemne y sombría.

Los dos miembros de mas edad del Consejo se miraron con sorpresa, en tanto que el tercero escuchaba con el interés

de un hombre que entraba en un noviciado de secretos y de embarazosos deberes. Consultaron los primeros entre sí por unos instantes: y despues de comunicar á Soranzo lo que creyeron oportuno, rompió el silencio el inquisidor de la roja túnica.

— ¿Quieres pensar en tu propia seguridad, y descubrirnos cuanto sepas de la fuga del napolitano?

Jacobo no mostró miedo á la amenaza que encerraban estas palabras; pero habiendo reflexionado por un momento, habló con la misma franqueza que lo hiciera á los pies del confesor.

— Sabeis, ilustres senadores, que el Estado trataba de disponer de la heredera de Tiepolo consultando sus propias ventajas, y que el noble napolitano amaba á